

Reconciliación

Pedro Mateos

Me encontraba encendiendo la chimenea cuando sonó el teléfono, quería que nuestro salón estuviese lo suficientemente cálido para recibir a nuestros amigos. A Félix lo conocía de más de veinte años atrás; colegas, compañeros de trabajo después y podía decirse que un buen amigo, de los pocos que uno tiene a lo largo de los años. Alba era una amistad más reciente, no la conocía tanto. Isabel me la presentó, habían trabajado juntas una temporada en la misma clínica.

Descolgué el auricular, Félix se disculpaba porque no quería venir a la cena de Nochebuena por Alba, dijo que no deseaba reencontrarse con ella, que no serviría de nada. Acudió Isabel para saber quién era y le hice una seña de silencio, estaba pensando en qué decir para convencerle de que viniera.

–Mira, te paso con Isa, –le dije, –quiere hablar contigo.

Tapé el auricular y le expliqué rápido de lo que se trataba para que intentara convencerle. Que le dijera que no podía hacernos esto después de tanta preparación. La idea partió de Isabel, quería que se vieran en nuestra cena para ver si se reconciliaban.

Tanto Alba como Félix no podían ni verse desde un par de meses antes, tras un corto noviazgo, lo habían dejado, pero Isabel estaba convencida de que eran el uno para el otro, hablaba más por ella que por él, que tenían los mismos gustos por las cosas, que oían la misma clase de música, que disfrutaban con un mismo plato..., la pintura y otras artes eran pasionales para ambos. El caso es que habían roto por alguna tontería, no sabíamos bien, y tanto el uno como el otro habían llegado a odiarse, nos lo manifestaban de continuo llenándonos la cabeza de tonterías, nuestra culpa era haberlos presentado. Isabel insistía en que ese odio no podía ser sino que se querían, pero ninguno de los dos ponía de su parte para arreglar las cosas. Contábamos con esta cena como única esperanza para ambos, fue en nuestra casa y casi por las mismas fechas cuando se conocieron, en cosa de un año o así. La invitación iba para los dos a sabiendas de que el otro estaría aquí. Les dijimos que se vieran

como amigos nada más, en una noche así en la que se predica tanto la paz.

Cuando Isabel colgó el auricular me lanzó una sonrisa aprobatoria, no hizo falta decirme que le había convencido. Continuamos con la labor de prepararlo todo para tenerlos contentos. Sus platos preferidos les estarían esperando, también pondríamos algo de su música, la buscó Isabel que era una buena celestina, mejor que yo. Unas velas no podían faltar, no hay nada como lo romántico para una pareja. Colocamos los cuatro platos bajeros que acabábamos de comprar, los cubiertos y las cuatro copas de vino, que no era otro que ribera, su preferido. De los adornos navideños se encargó Isabel, a mi mujer se le dan muy bien esas cosas, yo preparé los polvorones y mazapanes a regañadientes, después de todo íbamos a arreglar el mundo en poco tiempo.

Faltaban aún dos horas para la cena de Nochebuena y el cordero estaba a medias cuando llegó Félix a casa, se le veía nervioso, pero feliz con la idea. Le di la vuelta al cordero y lo regué un poco con su mismo jugo. Media hora antes nos tomamos los tres un jerez de aperitivo. Tuve que volver a encender la chimenea porque se había apagado.

–No va a venir, –dijo Félix en un tono grave y de pocas esperanzas.

–Ten un poco de paciencia. Alba no puede tardar ya en llegar, habíamos quedado en que la cena sería a las nueve. Aún falta casi media hora.

Minutos después sonó el teléfono. Descolgó Isabel. La observamos, su gesto de sorpresa y luego de amargura apagó también nuestra esperanza.

Felix se quedó serio y pensativo, después nos miró y nos dijo: Sabéis lo que os digo, que ¡Feliz Navidad!

